

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelmas

dup
36

La Novela Semanal Cinematográfica

PROPAGANDA



La chica
alegre

FOR
Norma Shearer

50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MADRO BISTAGNER

Passeig de la Pau, 10 bis - BARCELONA - Telef. 13801



A LADY OF CHANCE

1929

La chica de la suerte

Magnifico asunto

Interpretado por

Norma Shearer, John Mac Brown, Gwen
Lee y Lowell Sherman



Producción Metro-Goldwyn-Mayer

Distribuido por

Metro - Goldwyn - Mayer
Ibérica, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Por error aparece en la portada el título **La chica alegre** en lugar de **La chica de la suerte**.

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

La chica de la suerte

Argumento de la película

Dolly, una bellísima muchacha de historia algo turbia, estaba empleada como telefonista en un gran hotel de Nueva York.

Su irresistible sonrisa y la dulce mirada de sus grandes ojos atraían a su lado a un importante cortejo de admiradores.

Era una invasión de caballeros que se acercaban a ella pidiéndole que les pasara en comunicación con tal o cual número. Y aprovechaban la oportunidad para sonreír a la muchacha y ofrendarle sus madrigales o su... atrevimiento.

A veces cuatro o cinco clientes a la vez se

acercaban al mostrador y ella tenía que contenerlos, disgustada:

—No tengo más que dos manos para atender a todos. ¡Ustedes se creen que una es un pulpo!

Cierto día, llegó a Dolly uno de los huéspedes del hotel que se las echaba de émulo de Don Juan.

—¿Qué número quiere?—le preguntó ella.

—¿Tiene usted muchos disponibles?

—¡Tome, elija!

Y puso a su alcance el grueso volumen de las direcciones telefónicas.

—Oiga, señorita... ¿Sale usted a veces de paseo con algún caballero?

—No he encontrado nunca ninguno—le replicó con severidad.

El tenorio, ante la brusquedad de sus contestaciones, optó por marcharse.

Un nuevo sujeto apareció ante Dolly. Era el señor Roger Hammond, un huésped del hotel, con más dinero que inteligencia.

Al verle, Dolly se echó repentinamente a llorar.

Conmovido por aquella actitud, el señor Hammond le preguntó:

—¿Qué le sucede, joven?

—Me han robado todos los ahorros que guar-

daba, señor Hammond, y tengo a mi hermano gravemente enfermo.

—¡Pobrecita! No estropee estos ojos tan bonitos con sus lágrimas. Llámeme esta noche. Tal vez la pueda ayudar en algo.

Y después de acariciarla bondadosamente, se alejó... Dolly limpióse las lágrimas apareciendo otra vez su rostro lleno de alegría.

Una joven pareja había estado presenciando la escena anterior. El joven dijo a la muchacha que iba con él:

—La telefonista quiere sacarle algo al señor Hammond...

—La conozco. ¡Es "Cara de Angel"! ¡La misma de siempre! Voy a hablar con ella.

La muchacha avanzó hacia la telefonista y se la quedó contemplando unos momentos.

No había duda. Era "Cara de Angel", la estafadora más lista de toda la ciudad, antigua compañera suya en sus planes de desvalijar al prójimo. Hacía unas semanas que había desaparecido y ahora la encontraban sola, trabajando por su cuenta... ¡Ah, la granujilla!

Aparentando no conocerla, Dolly le preguntó:

—¿Qué número desea usted, señora?

—Ya tengo el "tuvo" que es todo lo que necesito—respondió contemplándola fijamente.

—¡Señora!

—Te he conocido, "Cara de Angel"... ¿Te has olvidado ya por entero de tus amigos?... Bien, muy bien...

—Silencio, Gwen, no me comprometas—dijo nerviosamente.

Como se acercasen varias personas, Gwen marchó con su amigo Brad, no sin antes dirigir los dos a Dolly una honda mirada de inteligencia.

Dolly despachó, inquieta, a sus clientes, y llamando por teléfono a su sustituta para que ocupara su puesto, abandonó precipitadamente el edificio.

¡Ah, demonio! Tan bien como se encontraba trabajando por su cuenta, sin tener que repartir sus ganancias con aquella pareja que parecía dominar y esclavizar su vida. ¿No podría librarse nunca de tal poder?

Ya en la calle, topóse con dos individuos que cortésmente la invitaron a seguirla. Eran emisarios de Brad, el jefe de la banda de estafadores que no permitía que Dolly operase para sí, sin la compañía de sus cómplices.

No tuvo otro remedio que seguirles hasta la casa de Brad.

Encontró en un lujoso piso a Brad y a la ru-

bía Gwen, la amiga del jefe.

Los dos la recibieron cordialmente, aparentando una gran afectuosidad.

—Buenos días, "Cara de Angel"... Ante todo he de darte las gracias por la visita—dijo él.

—Una visita obligada...

—Era el medio de hacerte venir... Hiciste mal en huir de nuestro lado. Sabes que te queremos.

—Brad, ahora trabajo sola y no deseo que nadie me ayude en mis asuntos.

—Mira, Dolly, sé que gozas de libertad provisional, pero ya sabes que me costaría poco volverte al encierro.

—¿Me amenazas?

—Nada de esto. Pero... a buen seguro que no te has vuelto a presentar a la policía desde que estás en libertad... y ya sabes que eso es una falta grave.

Dolly calló... Era cierto, no se había presentado...

—Creo que podrías ahorrarte un grave disgusto si te decidieras a realizar un pequeño negocio con nosotros—continuó diciendo Brad—. Si tú nos ayudas, podríamos sacarle fácilmente al viejo Hammond diez mil dólares.

—¿Qué falta de caridad! ¡Robarle a un pobre viejo!—protestó Dolly.

—¡Oh, no! ¡Se trata de un viejo rico!

—Decididamente, Brad, soy incapaz de hacer una cosa semejante.

—Te denunciaré si no lo haces...—le gritó amenazador.

Vió en su aspecto tal energía que Dolly acabó por ceder. ¡Maldita gente! Tener que repartirse con ellos el dinero de las "combinaciones". Mas, para evitar un mal peor, accedió a todo.

—Bueno. Desplumaremos entre tú y yo al señor Hammond—acabó diciendo.

—Así me gusta, encanto.

—Eres muy buena, Dolly—dijo Gwen.

Dolly llamó por teléfono al señor Hammond.

—Soy yo, Dolly... ¿Cuándo quiere usted que nos veamos, señor Hammond?...

—Pequeña—dijo el viejo con voz dulce—, ¿quieres venir a verme esta noche?

—¿No le parece más respetable que usted viniera a verme a mí?

—Es verdad. ¿Dónde?

Ella le dió las señas del hotel donde vivía y le citó para las diez.

Y luego con Brad planeó la combinación para sacar aquella misma noche al pobre incauto diez mil dólares y repartírselos como buenos hermanos.

* * *

A la mañana siguiente, el señor Hammond sabía por experiencia cómo se puede quedar rápidamente sin diez mil dólares.

En la jefatura de policía denunciaba el caso.

Había ido a casa de Dolly, accediendo a la súplica de ésta. Dolly le recibía con un aire muy inocente, muy ingenuo, muy de mosquita muerta.

—Y de pronto—añadió—apareció su esposo... un tipo de hombre malo y cruel.

—¡Ah!—dijo el jefe de policía.

—Claro que yo no llevaba ninguna mala intención con la muchacha, pero me amenazó con el escándalo... ¡y mi mujer es tan difícil de convencer en estas cuestiones!

—¿Es decir que usted le dió los diez mil dólares para evitar que su esposa se enterase de nada?

—Sí, señor, pero ahora empiezo a sospechar... Me parece extraño todo eso. ¿No habré sido víctima de algún timo?

—¡Naturalmente! ¡El timo del escándalo! Cayó usted en manos de alguna profesional del

delito... Le voy a enseñar a usted varios retratos por si reconoce a los estafadores.

Entre las numerosas fotografías que le mostraron, reconoció el burlado la de Brad, el supuesto marido, y la de Dolly Morgan, más conocida por "Cara de Angel"... Porque la muchacha tenía el rostro angelical y nadie hubiera podido sospechar que tras aquellas facciones risueñas y puras, se ocultase una estafadora temible.

Hammond presentó la correspondiente denuncia y dió orden de buscar a los dos autores del hecho.

No dieron con ellos. Carecían de la pista de Brad... y en cuanto a Dolly había levantado el vuelo de su pensión y del hotel donde prestaba sus servicios como telefonista.

Después de haber realizado la hazaña, Dolly había ido a pasar la noche en casa de Gwen y de Brad.

A media tarde despertaba perezosamente, con toda calma. Había pasado varias horas durmiendo en un diván.

Al levantarse escuchó voces en el cuarto vecino y acercándose a la cerradura vió a Gwen y a Brad. Este, siendo, daba a su amiga un puñado de billetes que ella a su vez ocultaba debajo de uno de los almohadones de la cama.

Dolly frunció el ceño. ¿Por qué escondían aquel dinero? ¿Es que querían estafarle la parte que le correspondía?

Vió que Brad avanzaba hacia la puerta y corrió de nuevo a tenderse en el sofá.



A media tarde despertaba perezosamente...

Cuando el joven entró, ella contempló a su jefe con ojos soñolientos y fatigados.

Dolly preguntó aparentando tranquilidad:

—¿Has cobrado ya el talón de Mr. Hammond, Brad?

—Mala suerte hemos tenido—respondió min-

tiendo descaradamente— Hammond dió orden de que no se pagara el cheque.

Instantáneamente Dolly comprendió la estufa de que querían hacerla víctima, pero disimuló.

—Parece mentira como son los hombres—dijo.
—¿Quién podía esperar esa mala acción de un caballero tan respetable?

Levantóse y fué a reunirse con Gwen, sentándose en la cama con su amiga.

—¡Ya ves! ¡No haber pagado el cheque!—dijo llorando.

—¡El píllo!

—¡Todos los hombres son iguales! ¡No hay manera de que una pobre muchacha pueda ganar su vida decentemente!

—Tienes razón, Dolly... Yo también siento ganas de llorar.

Y Gwen fingió acompañarla en su llanto.

Pero Dolly mientras lloraba en brazos de su amiga, alargó el brazo izquierdo hacía el almohadón y sin que nadie se diera cuenta, tomó honítamente el oculto puñado de billetes que metióse en un bolsillo.

—En fin, nada se gana con llorar... ¡Ya estoy acostumbrada a tomar las cosas como vienen!—dijo levantándose.

Y avanzó hacia la puerta con aire apesadumbrado.

Brad, queriendo mostrarse generoso, le dió un billete:

—Para que veas que no todos los hombres son iguales, Dolly, guarda esos veinte dólares. Son los únicos que tengo.

—¡Gracias, Brad!—dijo embolsándoselos—. Tú sí que eres una persona decente.

Y entró en la habitación contigua.

Gwen mirando altivamente a su amante le dijo con un mohín de cejas:

—¿Qué significa el darle dinero a otra mujer?

—Sabes que no puedo remediarlo, Gwen. ¡Siempre he sido un hombre generoso!

Escuchóse el rumor de una puerta que se cerraba.

—¡Gracias a Dios!—dijo Gwen—. ¡Ya se ha largado!

—¡Se marchó sin despedirse! ¡Qué extraño!—exclamó Brad.

Una súbita sospecha invadió a Brad... Para confirmarla o desvanecerla en el acto, metió rápidamente las manos bajo el almohadón y lanzó un grito de rabia.

—¡El dinero también se ha largado!

—Pero, ¿es posible?

—Nos ha robado tan bonitamente... ¡Ah, ya sabía yo que esa muchacha no puede vivir entre gentes honradas!

—¡Robarnos a nosotros! ¡La infame!

—No te preocupes. Buscaremos a Dolly y la obligaremos a que suelte ese dinero... ¡Pues no faltaba más!

Y se dispusieron a luchar contra la muchacha que no se dejaba robar.

• • •

Dolly no acostumbraba perder el tiempo. Era preciso ganar dinero, siempre, de cualquier modo, fuera como fuese.

Después de su hazaña de desvalijar a Brad y a su cómplice, se dispuso a añadir nuevos galones a su carrera de estafadora.

Tenía por servidores de su oficio, su carita de ángel, la divina sonrisa de sus labios y de su mirar, su aspecto tímido e inocente de jovencita.

A la tarde siguiente, dirigióse hacia la Cámara de Comercio donde se celebraba la Asamblea General de Fabricantes de Cemento.

No le parecía difícil encontrar allí algún millonario que se prendase de ella.

La Asamblea había terminado ya, y en el de-

partamento de telegramas se encontraban numerosos hombres de negocios discutiendo o redactando órdenes para todo el país.

Dolly oyó que un joven de agradable aspecto decía a un señor de más edad:

—Nada, no hablemos más. No le cedo la patente por menos de cien mil dólares.

—Pide usted demasiado.

—Es mi última palabra.

Parpadearon los ojos de Dolly al escuchar aquellas palabras. Examinó al muchacho. Sería seguramente un millonario, tal vez el rey del cemento. ¡Ah, si ella pudiera cazarle con sus ardides de Eva!

El joven acercóse a una mesa y redactó un telegrama. Dolly se colocó a su derecha y simuló redactar otro despacho. Con todo disimulo, leyó lo que él acababa de escribir:

Señora Juana Swart, Vda. de Grandall,

32 Winthrop Alabama.

Patente muy solicitada. No la daré menos de cien mil dólares. He firmado varios contratos.

Tu hijo

Steve

Una gran alegría iluminó las facciones de la muchacha. Aquel chico era, indudablemente, un

personaje, uno de los grandes reyes de la industria...

Steve se volvió para contemplar a Dolly y ésta disimuló apartando los ojos con una actitud de timidez. Iba Steve a decir una frase galante



...disimuló apartando los ojos...

a la linda vecina, cuando otro de los concurrentes le gritó:

—Steve, le llaman a usted por teléfono.

El joven corrió a la cabina dejando olvidado encima de la mesa el despacho que iba a cursar.

Era Dolly una de esas muchachas que no per-

dian el tiempo. La pareció que aquel Steve era terreno abonado donde poder sacar bastante dinero, y se dispuso a su conquista.

Viendo el telegrama dirigido a la madre, Dolly lo entregó a la empleada del mostrador para que lo cursaran y pagó su importe.

Sonriente, retiróse unos pasos y aguardó impaciente el resultado de su estratagema.

No tardó Steve en volver y no viendo el telegrama que había redactado, preguntó a la empleada por él.

—Está ya despachado... Aquella señorita ha satisfecho su importe.

Y le señaló a Dolly que se estaba contemplando en el espejito de un bolso.

Corrió Steve hacia ella y le dijo con la voz alterada por la emoción:

—Perdone, señorita. ¿Ha sido usted quien ha pagado un telegrama dirigido a la señora Grandall?

Una sonrisa de triunfo iluminó las facciones de ella.

—Al verle marchar tan repentinamente, creí que lo había dejado olvidado... y como vi que estaba dirigido a una madre... yo misma lo cursé...

—¡Muchas gracias!... Todos nos debemos a nuestras madres.

—¡Yo nunca he tenido madre!—respondió con velada voz.

—¡Qué raro! Es decir: ¡Qué pena ver a una joven como usted sola en la vida!

Dolly sonrió ante la turbación de aquel muchacho que le pareció un ingenuo. Sería uno de esos millonarios rústicos, inocentes, a quienes todo distrae y emociona. ¿Eso qué importaba? Su dinero tenía el mismo valor que el de los más refinados "gentlemen"... Además, era un joven muy simpático.

—Este incidente va a hacerle creer a usted que soy una tonta—exclamó mirándole con adorable picardía.

—Por el contrario. Me demuestra qué clase de corazón tiene usted.

—Gracias... gracias... Si, no puedo remediarlo... Soy muy sentimental.

Insensiblemente se dirigieron a la calle, continuaron andando, y al despedirse, cambiaron sus tarjetas y se hicieron tan amigos que quedaron citados para la mañana siguiente.

Y vino una nueva cita... y otra... y otra... Y durante el resto de la semana, Dolly Morgan puso a contribución todos los recursos de su inocente "Cara de Ángel".

Era preciso conquistar, seducir aquel corazón

de mozo ingenuo, y una vez lograda esa conquista, apoderarse de su dinero... Una víctima más, ¿qué importaba en su carrera de ladrona?

Una tarde fueron al Luna Park, divirtiéndose en las numerosas atracciones de su recinto.

Dieron un largo paseo en un coche tirado por un negro del Brasil.

El negro acompañaba el esfuerzo de sus brazos con una canción de su país.

Y los dos jóvenes parecían adormecerse suavemente, con las cabezas casi juntas, al arrullo de aquella música suave.

—La canción de este hombre me recuerda las de los negros de mi tierra cuando cantan por la noche en la hacienda—dijo Steve.

Dolly no había podido aun averiguar nada respecto a la cuantía de la riqueza del joven, aunque estaba segura de que tenía millones. Por discreción no quiso preguntar. Pero ahora al escuchar que tenía una hacienda, su alma se estremeció de gozo...

—¿Cuesta mucho dinero una hacienda?—le preguntó.

—Hay algunas que valen hasta un millón de dólares.

—¡Oh!

Y por su imaginación femenil voló ya la idea

de que el muchacho poseía una hacienda de más de un millón.

Steve dijo de pronto:

—Siento el tener que marchar esta noche, pero no puedo dejar por más tiempo mi fábrica abandonada.

Nueva alegría de Dolly al escuchar que poseía una fábrica.

Habían llegado al término de su paseo en coche. Steve se apeó para pagar al negro. Dolly, rápida en todas sus decisiones, tiró del tacón de su zapato de raso, hasta conseguir casi arrancárselo. Luego saltó ágilmente del cochecito.

Dió un grito y levantó el pie del que se había desprendido el tacón.

—¿Se ha hecho usted daño?—preguntó Steve.

—¡Ay... ay!... Me parece que me he dislocado un pie.

—¡Pobrecita!... Vamos a coger un taxi y la acompañaré a su casa...

—Sí, gracias... gracias.

La levantó como una pluma entre sus brazos nervudos y la metió en el interior del coche.

Llegaron al hotel donde ella vivía desde que se separó últimamente de sus cómplices.

Steve sosteniendo en sus brazos a su linda

amiga, la llevó a la habitación de ella dejándola cuidadosamente sobre un diván.

Dolly seguía quejándose como si realmente estuviera sufriendo.

—Eso pasará. No es nada—le decía él, amo-



...sosteniendo en sus brazos a su linda amiga...

rosamente, a tiempo que le quitaba el zapato y la media dejando al descubierto la pierna fina en la que no se veía la menor huella de ningún golpe.

—Verá como se le alivia el dolor... Es un procedimiento de mi madre—añadió Steve.

Viendo un hornillo en la mesita de noche, lo encendió y calentó rápidamente un trapo. Luego colocó el paño caliente sobre el pie, obligando a dar un grito de protesta a la muchacha.

—¡No... no!...



—¡No sea niña! Le quitaré la inflamación.

—¡No sea niña!... Le quitaré la inflamación. La muchacha, sonriente, acabó por quitarse el importuno parche.

—¡Gracias! No es nada de importancia. Ahora ya no me duele.

—¡De veras? ¡Pobrecita Dolly! Hubiera preferido que me torciera ya el pie.

Y suavemente acariciaba el bello tobillo de la muchacha con un ademán ingenuo de hombre que enfrascado en sus actividades no tuvo apenas tiempo de tratar a ninguna mujer y de pronto se siente arrebatado por el amor.

Ella le miraba suavemente, enorgullecida de su éxito.

—Nunca hubiera creído que un hombre de negocios fuera tan tierno—le dijo.

—Con usted nadie podría dejar de serlo.

Dolly guardó silencio pero sus ojos tuvieron una mirada tan honda, tan insinuante, tan picaresca, que Steve, arrebatado, sin poder contener el impulso de su corazón, la estrechó en sus brazos y depositó en aquellos labios un beso dominador y anhelante.

Ella se dejó besar y luego volvió la cabeza como avergonzada.

—¿Qué ha hecho usted?—dijo con rubores de niña tímida.

—¡Perdóneme!... No he podido contenerme.

—¿Sabe usted que sólo por eso podría hacerle caso conmigo?—dijo con una sonrisa adorable.

—¿Lo haría usted?—respondió con anhelo.

—¿Sería usted capaz de casarse conmigo?

—Sí... porque la quiero a usted con toda mi alma.

—¿No miente?

—Mi alma es tuya, Dolly... Desde la primera vez que te vi, comprendí que te amaría siempre.

—Pero... casarnos... tú y yo...

—¡Estoy seguro de que puedo hacerte feliz, Dolly!... Déjame que consagre mi vida a hacerlo.

Ella callaba. La alegría no le cabía en el corazón. Tenía miedo de demostrarla demasiado.

¡Casarse! ¡Casarse con aquel muchacho rico que tenía una hacienda, que poseía una fábrica, que rechazaba ventas de patentes por valor de cien mil dólares! Esto era una incomparable fortuna, era la felicidad...

Se casaría con él, procuraría quitarle todo el dinero posible... y una vez conseguido su fin, desaparecería otra vez para reaparecer mucho más tarde en algún otro sitio y buscar una nueva víctima.

—¿Me quieres? ¿Quieres ser mi mujer?—le dijo él acariciándola de nuevo.

Sus labios se unieron en éxtasis delicioso.

—¡Sí... sí!...—respondió con voz desmayada.

—Nos casaremos esta misma noche. Y podé-

mos salir para casa en el tren de la una de la madrugada.

—¡Mi Steve!...—dijo ella saltando por la habitación.

—Pero...—le preguntó él, asombrado—. ¿Y el pie?

—Estoy ya bien... El amor me ha curado.

—¡Qué felices vamos a ser, alma mía!

—¡Ya lo verás!

El joven se dispuso a marcharse.

—Te encontraré abajo tan pronto como arregle mi cosas y pague mi cuenta—dijo ella.

—Permíteme que la pague yo. Desde este momento todos tus gastos han de correr de mi cuenta.

—¿Qué bueno eres, Steve!

Y cuando su navio desapareció, ella se echó a reír burlescamente:

—Ya lo creo que pagarás... ¡y de qué manera!

Luego comenzó a pasear por la habitación, celebrando su triunfo.

¡Qué risa! ¡Casarse aquella noche! ¡Ser la esposa de un millonario! ¡Cuánto vivirá con él? ¿Un mes, dos? ¡Bah! El tiempo suficiente para embolsarse una fortuna... y... desaparecer.

Lástima que Steve no fuera un novio algo menos interesante.

A pesar de la burla de que iba a hacerle objeto, Dolly se confesaba que aquel muchacho era atractivo, simpático, cordial... y que no merecía ser tratado de modo tan cruel.

Pero había que vivir... Y según las teorías de Dolly, la estafa era el único medio.

Gwen y Brad habían conseguido averiguar el nuevo paradero de su antigua cómplice y se disponían a recuperar el dinero que arbitrariamente creían suyo.

Al llegar a la pensión, Brad dijo a la muchacha:

—¡Espérame tú aquí! Este asunto requiere mucha sagacidad.

Y con aquella fiema que nunca le abandonaba, Brad subió a uno de los últimos pisos y llamó al cuarto de Dolly.

Esta abrió distraídamente, retrocediendo con trairada al ver a Brad.

Entró éste y contempló varios mundos y naletas abiertos.

—¿Es que te preparas para marchar?

—No; acabo de llegar—dijo serenamente—. Estoy abriendo los baúles.

—Pues yo vengo sólo a buscar mi dinero.

La joven hizo un gesto ambiguo y se sentó, mientras fumaba lentamente un cigarrillo.

—¿No me has oído? Vengo por mi dinero—insistió Brad.



—Venga por mi dinero.

—Seguramente quieres decir "nuestro" dinero, el que te olvidaste de repartir.

—No admito bromas... Vengan esos dólares. La joven, sonriente, buscó en el monedero y dijo:

—¡Qué desgracia! ¡He debido perderlos!

—No te burles porque...

—Mira, para demostrarte que no todas las mujeres son iguales, guarda estos veinte dólares; son los únicos que tengo.

Y le mostraba, riendo, un billete.

Brad comprendió. Aquella muchacha le imitaba en su proceder. Ya flemático y tranquilo, exclamó:

—Mejor será que olvidemos esas pequeñeces, ahora que tienes un novio millonario.

—¿Te enteraste?

—Lo sé todo. Te han visto con ese muchacho de postín...

—Mira, Brad—dijo ella, tranquila—: tú no vas a salir ganando nada con estropearme mi combinación. Yo soy tu compañera, y por nada del mundo te perjudicaría. De modo que déjame a mí sola...

—Comprendo bien, y para ayudarte como compañero, estoy dispuesto a que me incluyas en tu nuevo asunto.

La joven meditó unos instantes. Era preciso deshacerse de aquel hombre.

¿De qué manera?

No tuvo que pensarlo demasiado tiempo. La concepción de sus ideas era rápida.

—Voy a pedir unos licores—dijo de pronto. Y llamó por teléfono al bar.

—¿Aceptas mi ayuda?—preguntó Brad.

—Si, veo que eres un hombre inteligente. Contigo, mi negocio será un éxito completo.

—Celebro que te pongas en razón. Ahora que hemos llegado a comprendernos no me moveré de tu lado hasta que el pretendiente caiga en la ratonera.

—Muy bien, Brad. Creo innecesario que ensayemos la escena. Te la sabes de memoria.

—¡Figúrate! Las veces que la hemos repetido... Tú estás con él... Yo entro, como el marido ofendido... y el hombre ha de soltar veinte mil dólares para que le dejemos en paz... ¿Bónito?

—¡Admirable!—dijo iriamente.

Llamaron. Dieron dos golpecitos.

—Deben ser los licores—dijo él.

—¡No... no!... Es mi novio. Le conozco por el modo de llamar... Escóndete en ese cuarto. Y no salgas hasta que yo tosa...

—¡Perfectamente!

Brad metióse en el cuarto contiguo cuya puerta cerró la muchacha.

Dolly se dirigió a abrir. Era un "botones" que llevaba la bandeja con los licores.

—¿Cree que no irás a llegar nunca!—le dijo ella.

—He venido tan pronto como he podido—respondió el muchacho.

Brad escuchaba desde su escondite. No había duda. Era el millonario.

Dolly accroóse al "botones" y le dijo en voz muy baja:

—Ayúdame a transportar esas maletas.

El muchacho cargó con el equipaje y partió. Dolly salió detrás de él cerrando con llave la habitación.

Brad esperó pacientemente. Los dos novios se estarían arrullando. ¡Ah! ¿Cuándo tosería ella para advertirle que debía salir?

Llegó Dolly a una de las salas del hotel donde Steve la aguardaba. Los dos novios subieron a un automóvil y se dirigieron a casa del pastor para que bendijera su matrimonio.

Mientras tanto, una doncella había entrado en el cuarto de Dolly para cambiar la ropa de la cama y airear la estancia, que debía ser ocupada por un nuevo huésped.

Al ver las botellas de licor, la criada se apoderó de una de ellas y empujó tranquilamente el codo.

De pronto se atragancó y comenzó a toser.

Brad, desde el cuarto vecino, dió un grito de alegría. ¡La señal convenida!

Y poniendo una cara trágica de marido burlado, penetró en la habitación.

La doncella dió un grito al ver aparecer de modo tan imprevisto a aquel hombre y cayó al suelo, desvanecida.

Sorprendido también, viéndose de nuevo burlado por Dolly, Brad corrió furioso hacia la sala donde había dejado a Gwen.

Recogió a su amiga, y se enteró por un empleado del hotel de que Dolly y su novio habían partido en automóvil.

—Una mujer así debería estar en la cárcel—gritó Brad en el colmo de la indignación— Es un peligro para la gente honrada.

Pero se propuso continuar la persecución de ella hasta el fin.



A la tarde siguiente, ya casados, Dolly y Steve llegaban a la ciudad natal del último.

El joven había teleografiado a su madre dándole cuenta de su matrimonio.

Dolly se sentía relativamente feliz al verse convertida en la esposa de un hombre rico.

Ante la estación les esperaban la madre y el hermano de Steve.

Los novios salieron rápidamente del andén... Dolly sonreía... Vió un automóvil lujosísimo en cuyo interior había una elegante señora y creyó que se trataba de la madre de Steve. La saludó con el brazo, pero se sorprendió al ver que la dama en cuestión abrazaba a otro joven.

Se había equivocado. No era aquélla la madre de Steve.

—Mira, allí están mamá y mi hermano—exclamó Steve, corriendo hacia un grupo, que se hallaba junto a un modesto y desvencijado Ford.

La muchacha, un poco extrañada, se sintió abrazada por una vieja que vestía modestamente. Luego el hermano de Steve, un rústico mocetón, estampó un sonoro beso en las mejillas de ella.

—Hermano, ¡qué bonita mujer has encontrado!

—Un ángel de bondad—respondió Steve, acariciándola.

Dolly contemplaba con desilusión el traje sencillo de aquellas gentes y el viejo auto.

¿Qué millonarios eran estos? ¿Serían de los que viven con una modestia rayana en la avaricia?

—Voy a limpiar un poco el asiento para que

no te estropees ese traje tan lindo—dijo Steve, aventando el interior del vehículo.

Cada vez más entristecida, la muchacha preguntó a la madre:

—¿Pero es éste el auto de Steve?

—Sí... Es decir, lo será cuando termine de pagar los tres plazos que le faltan—respondió la viejecita, satisfecha.

La joven lanzó un profundo suspiro.

¿Qué significaba todo aquello? ¡Ah, qué gran error!

Subitamente sus ojos se fijaron en una pizarra que había ante la estación y que decía:

*El próximo tren para Nueva York
sale a las 22,15*

No lo olvidaría, por si tenía que volver rápidamente a la ciudad.

Subió al coche, preguntándose qué clase de muchacho era Steve y si se habría equivocado lamentablemente al considerarle rico.

Pero entonces... ¿la hacienda... y la fábrica? ¡Oh! ¿Por qué no puntualizó bien las cosas? Sin embargo, era preciso esperar y no alarmarse demasiado.

Steve se hallaba radiante al lado de su mu-

jercita. Ella procuraba disimular su contrariedad al verse en aquel auto de ocasión.

—Steve, hemos conseguido en tu ausencia el trabajo de Jackson—le dijo su madre.

—Perfectamente. ¿Son cuarenta dólares más!—respondió el joven, alegremente—. Todo me sale bien. Ya te he explicado por carta los buenos contratos que he hecho.

—No hay nada como la prosperidad.

Detuvo el auto ante una casita de modesta apariencia.

—Ya hemos llegado a casa—dijo Steve.

Descendieron todos entre el bullicio de la alegría. Sólo la joven conservaba una tristeza profunda, que ocultaba con una sonrisa.

—¿Es esta la hacienda de que me hablabas?—le preguntó a su marido.

—No, la hacienda está ahí.

Y le señaló un vecino y magnífico caserón.

—Es la hacienda del coronel Winthrop, pero desde casa pueden verse sus magníficos campos de algodón.

—¡Vamos, ya comprendo!—respondió ella con amarga ironía—. Es como si fuera vuestra, sólo que el coronel Winthrop paga la contribución.

—Sí, eso es...—dijo él, algo sorprendido.

Entraron en el jardincillo que rodeaba la casa.

Un pequeño jardín en cuyo centro había un artístico jarrón.

—Es hermoso todo esto, ¿eh?—decía el joven a Dolly, mientras su madre y su hermano entraban en la casa para preparar el cuarto de los recién casados.

—¡Oh, no lo esperaba así!—replicó burlona.

—¡Pues todavía no has visto nada! Mira...

Y señalándole el jarrón, exclamó:

—Está hecho con cemento "Enduro" de las factorías de mi propiedad. El cemento "Enduro" toma consistencia en cinco minutos y tarda cinco siglos en romperse. Verás. Esto lo demuestro así.

Cogió un martillo y pegó un fuerte golpe contra el jarrón. Una gran parte del cemento quedó destruida.

—¡Sí que es un cemento bueno!—dijo Dolly, cada vez más triste, pues se consideraba engañada.

—¡Ja, ja, ja!... De esta manera engañó a todo el mundo. Esto es cemento ordinario. En cambio, este otro trozo está construido con cemento "Enduro". Mira la diferencia.

Y comenzó a pegar martillazos sin que el cemento experimentara el menor deterioro. Era duro como el acero.

—¿Qué te parece? ¿No es admirable?

—Sí... está bien...—dijo distraída.

Avanzaron hacia la casa. Al ir a entrar, Steve detuvo a su esposa.

—Es necesario que te entres en brazos en casa para asegurar nuestra felicidad.

Resignada, se dejó llevar en los brazos de su marido hasta el comedor. Y a pesar del disgusto que ella sentía al comprender la verdadera situación económica de Steve, experimentó una sensación dulce, agradable, al verse levantada como una pluma... como aquella vez en el hotel.

—La casa es sencilla—dijo él riendo ingenuamente—. Pero cuando firme mi contrato compraremos otra nueva.

—Estoy segura de que lo firmarás—dijo ella con risa sardónica—. Eres un buen hombre de negocios.

—Subamos ahora al primer piso.

—Sí. Supongo que desde arriba se divisará mejor la hacienda del vecino coronel.

—¡Ya lo creo!

Llegaron a la habitación que les destinaban y donde se hallaban la madre y el hermano de Steve.

Habitación modesta que olía a manzano y a

espítego, pero que causó en el ánimo orgulloso de Dolly una nueva tristeza.

¡Qué gran equivocación había sufrido en todo!

—¡Cuñadita!—le dijo el hermano señalándole la cama—. ¡Steve duerme siempre en este lado!

Ella se echó a reír mientras Steve a su hermano lanzaba una mirada furibunda.

—Ven a ver la fábrica de Steve—dijo la madre a Dolly acercándose a la ventana.

En el alma triste de la joven apareció un rayo de alegría. ¡La fábrica! ¡Tal vez en ella estuviera empleado todo el capital!

Acepcóse al exterior y contempló un pequeño edificio, más bien una barraca, llena de hierros y trastos viejos.

—¡Hay que ver!—dijo sufriendo un nuevo desengaño—. ¡Se diría los altos hornos de Pittsburg!

No tuvo ya la menor duda de que Steve no era más que un pequeño negociante y que allí no había millones, ni los habría nunca.

Aquella vez Dolly había errado el golpe. Creyendo poner los ojos en un millonario, fiada por ligeras apariencias, resultaba que había cazado un pobre muchacho sin dinero y con sólo un baje de ilusiones.

Miró con una amarga sonrisa un cartelito que había en el cuarto de los novios.

El amor constituye la única felicidad de la vida

Movió los hombros con indiferencia. ¡Cuánta mentira! La única felicidad es el dinero, la riqueza... Lo demás son romanticismos que no van a ninguna parte.

Luego con su marido y la familia de éste volvió al comedor donde tomaron una espléndida cena.

Dolly tenía unas ansias enormes de marcharse. Recordaba que a las 10,15 partía el tren para Nueva York, es decir para la libertad...

¡Qué gran suspiro daría al marchar de este ambiente que ella creyó de fausto y resultaba modesto e insufrible!

Terminada la cena, Dolly se dirigió al jardín, sentándose en un banco.

Meditaba. ¿Marcharía sin despedirse o por el contrario comunicaría a su marido su decisión?

Y muy en el fondo de su alma, lamentaba tener que partir de aquel lugar donde había sido tratada tan amorosamente... Ella nunca había tenido casa... y por primera vez hallaba en su vida la sensación de la familia.

Pero era necesario. No iba a quedarse con gente sin dinero. Su existencia estaba enteramente consagrada a ganarlo.

Apareció Steve y se sentó a su lado.

Se oían lejanos cantos, y Steve dijo:

—Ya están los negros cantando sus viejas canciones, como te conté.

—Sí, en la hacienda del coronel Winthrop — respondió con amargura.

Por primera vez, Steve adivinó lo que ocurría en el alma de su esposa.

—Dolly — le dijo —, ¿es que suponías que la hacienda era mía?

—No; creí que era del Emperador de la China.

—No te apenes, Dolly... Cuando venda mi patente podremos adquirir una hacienda semejante.

—Sí... Sólo que tendremos que esperar cinco siglos para probar los resultados del cemento.

Calló. Por el alma de Steve pasó la luz de la verdad... ¡Aquella mujer se había casado con él porque le creyó rico! Ahora al convencerse de que no era así, no ocultaba su pesar.

—Ya veo que no te gusta este lugar — le dijo, tristemente —. Pero te doy mi palabra de honor de que no pretendí engañarte.

—¡Oh, claro!

—Si me excedí en ponderarte mis cosas, fué por el inmenso cariño que tengo a cuanto me rodea... Te hablé de mi fábrica, de mi patente... y todo eso es verdad, aunque sea pequeño por el



—Ya veo que no te gusta este lugar.

momento... Quiero tanto este lugar... Y esperaba que tú también llegarías a quererlo.

Ella guardó silencio.

—Pero tú y yo nos queremos. ¿Qué importa lo demás?—dijo Steve acariciando a su esposa, que permaneció impasible.

—¿Me quieres, verdad, Dolly?—insistió.

La joven miró a su marido y sintió en su corazón una emoción extraña. ¿Le quería? Era una cosa que no se había preguntado nunca... Quizás... Pero, no... no...

Irguió la cabeza, y, mintiendo, exclamó:

—Sí, te quiero, pero sólo con amor no podemos vivir. Yo necesito dinero, ¿sabes?—dijo cruelmente.

Steve permaneció anonadado y exclamó al cabo de unos minutos:

—Ahora me doy cuenta de la realidad. Fui un insensato al suponer que una mujer como tú pudiera hallarse a gusto en un lugar como éste.

Se acusaba de haber obrado mal. No, no tenía derecho a llevar a una mujer tan fina y aristocrática como Dolly, a un pueblo sin ninguna de las comodidades y refinamientos de la gran ciudad. ¡Soñador! ¡Loco!

—Es verdad... No debes permanecer aquí. No eres de esta raza—dijo.

—Steve—exclamó ella, tristemente—, tú debías haberte casado con una mujer que pudiera ayudarte en tu negocio... no con una mujer como yo.

—Sí... Yo, sin querer, con mis exageraciones,

te hice concebir esperanzas. ¡Qué loco fui!... Y ahora, ¿qué es lo que piensas hacer Dolly?

Fría, serena, impassible, ella respondió:

—Salir esta noche misma para Nueva York.

—¿Marcharte?

Le pareció que el mundo se abría a sus pies y ahogó un trágico suspiro. Pero, alma grande y heroica, no protestó y dijo:

—Sí, debes irte... A las diez pasa un tren. Puedes alcanzarle aún. Pero... sélgamos con cuidado... Que no se enteren los de casa.

El mismo Steve fué a buscar las maletas de su esposa y acompañó a ésta hasta la estación.

En los ojos de los dos había melancolía...

—¡Adiós, Dolly!—dijo él besando por última vez aquella mano tan linda.

—¡Adiós... y perdóname, Steve!—exclamó la joven, aturdida por la emoción, pues la actitud dulce y resignada de su marido la conmovía. ¡Ah, qué lástima que no fuese rico! ¡Quién sabe si hubiera sido feliz con él!

—¡Toda mi vida me acordaré de ti!—exclamó el muchacho.

—Mejor sería que me olvidases para siempre, Steve.

—No podré.

El tren silbó largamente. Momentos después el convoy se ponía en marcha.

Los hierros en su entrecchoque parecían decir: ¡Adiós!

A la mañana siguiente, Steve, entristecido, bajó al comedor. Su madre y su hermano que ignoraban todo lo ocurrido aquella dolorosa noche, estaban desayunando.

—¿No baja tu mujer a tomar el desayuno?—le preguntó la madre.

—No me preguntes nada—contestó, impaciente.

—No le hagas caso, madre. Todos los casados se vuelven insoportables—dijo el hermanito.

Cansado de que le dirigieran cuchufletas, Steve se levantó después de apurar rápidamente su café con leche y volvió a su cuarto, deseando permanecer en soledad.

No tenía valor para confesar a su madre la verdad, para decirle que Dolly había marchado.

Y sin embargo, no podrían pasar muchas horas sin que se propagase su desdicha.

Pero al entrar en su habitación matrimonial, lanzó una exclamación de sorpresa.

Dolly estaba sentada en un sillón.

Corrió hacia ella, emocionado, restregándose los ojos, creyéndose víctima de alguna visión.

—Dolly... ¿has vuelto?

—¡Sí, Steve!— le respondió ella con voz dulce—. Al partir el tren, algo extraño ha pasado por mi corazón. Me he dado cuenta de que, a pesar de tu pobreza, te amaba.

Y esta vez no mentía. Toda ella respiraba sinceridad, emoción. El amor la había vencido, haciéndola olvidar los primeros e infames propósitos que tuvo al conocer a Steve.

—¡Oh, adorada mía, oh, Dolly! ¿Me has hecho el hombre más dichoso de la tierra!

—Te amo, Steve, y no quiero que haya nada que arruine tu felicidad. En tu casa encontré un verdadero hogar. Yo no lo tuve nunca, y lo anhelo.

—¡Gracias, Dolly, gracias! Aquí todos te queremos con toda nuestra alma.

Después de besar con locos transportes de júbilo a su esposa, regresó con ella al comedor.

Dolly, sinceramente impresionada, se dejó besar por la madre de Steve y admitió las ingenuas bromas del hermano.

Olvidaba por entero su pasado, como si no hubiese existido nunca. Comprendía al fin que la

vida no es nada sin el amor. Y se disponía a amar para siempre a su marido.

Steve se dirigió luego a su fábrica, mientras Dolly volvió a su cuarto a guardar sus ropas en los armarios.

A la misma hora acababa de llegar al pueblo una pareja sospechosa: Gwen y su amigo Brad.

—Esa intrigaante va a ver bien pronto que no puede jugarse conmigo ingenuamente—dijo Brad al salir de la estación.

Subieron a un coche y Brad dijo al chofer:

—Condúzcanos a la residencia del señor Steve Grandall.

Habían sabido que Dolly se había casado con aquel joven millonario y estaban dispuestos a intervenir en el asunto.

El coche se detuvo ante una casa modesta.

—No puede ser ésta la casa que venimos buscando—dijo Gwen.

El chofer les aseguró que aquella era la vivienda de Steve, y los dos jóvenes descendieron del coche.

—¡Quién sabe!—comentó Brad.—Hay millonarios misántropos que viven como mendigos.

Entraron en la casa y corrió a su encuentro la madre de Steve.

—Acabamos de llegar de Nueva York. Somos

los primos de la señorita Dolly Grandall—dijo Brad, inclinándose ceremoniosamente.

Una viva alegría se apoderó de la anciana.

—Mi hijo está en el pueblo en este momento. Voy a llamar a Dolly.

Dió varios gritos repitiendo el nombre de Dolly y ésta salió de su habitación.

—Tus primos acaban de llegar de Nueva York.

—¿Mis primos?

Y cuando Dolly apareció en la estancia, quedó desagradablemente sorprendida al ver a sus dos antiguos cómplices.

¡Ah, qué odio sintió en su alma contra ellos! Venían a recordarle su pasado, a arruinar su vida.

Intentó disimular por el momento y dejarse abrazar por Gwen que le susurraba a cada momento "querido primita".

—Madre—dijo Dolly, deseando alejar a la vieja—, ¿quiere usted hacer el favor de prepararles unas tazas de café?

Desapareció la señora Grandall, y entonces, Brad exclamó riendo:

—Estamos intrigados en averiguar cómo un millonario puede habitar en esta barraca.

—Mi marido no es rico... vive humildemente de su trabajo.

—¿Conque al fin te has casado, eh?—dijo Gwen.

—Sí, y aunque no confío en que vosotros me comprendáis, os diré que le quiero.

—Vámonos, déjate de bromas. Esta vez sí que no vas a engañarme—dijo Brad.

—Si se tratase ahora de eso, volvería a engañaros como os he engañado siempre que he querido.

—No discutamos—agregó Brad—. ¿Qué me dices de mi dinero?

La joven permaneció unos momentos pensativa y contestó al cabo:

—Te voy a devolver hasta el último céntimo si me dejas en paz para siempre.

Brad y Gwen cambiaron una mirada de inteligencia.

—Confómete—dijo Brad.

—Voy a buscarlo.

Desapareció la muchacha, y los dos cómplices comentaron:

—Desengáñate, aquí no hay dinero. A menos que tengan antigüedades...—dijo Gwen.

—¡Quién sabe! Primero recuperaremos nues-

tro dinero y luego planearemos el golpe que le tenemos preparado a ese joven.

No tardó en volver Dolly con un fajo de billetes.

— Te lo daré todo si os marcháis de aquí y



— Te lo daré todo si os marcháis de aquí...

no volvéis en vuestra vida a poner los pies en esta tierra.

Brad se embolsó el dinero y exclamó, satisfechísimo:

— Te aseguro que será para nosotros un verdadero placer el salir de aquí.

Pero cuando estaban ya junto a la puerta, apareció la madre de Steve con el café. Y para no desairar a la anciana, Brad y Gwen, con el consiguiente disgusto de Dolly, optaron por tomar la modesta colación.

Mientras tanto, Steve acababa de recibir en la fábrica un telegrama urgente que decía:

Aceptamos darle cien mil dólares por la patente de su fórmula. Saludos.

Compañía Cemento Gibraltar.

Loco de alegría corrió hacia su casa, entrando en ella en el instante en que los supuestos primos se despedían al fin.

Sin fijarse en aquellos invitados, abrazó a su mujer y a su madre y, dando gritos de júbilo, exclamó:

— ¡Mamá, Dolly, ya somos ricos!... ¡He vendido mi fórmula por cien mil dólares!

Aquella noticia supo a gloria a los dos miserables, y Brad, avanzando hacia Steve, le dijo sonriente:

— Es un placer saber que mi primita tiene un marido rico.

— ¿Su primita?

Desesperada, pero comprendiendo que si des-

hubiera a los dos infames: ella perdía su felicidad, Dolly tuvo que proseguir con repugnancia aquella farsa. Y presentó a Gwen y a Brad como sus primos.

Steve, radiante de dicha, les invitó a comer y los dos granujas aceptaron de mil amores.

Brad cogió por su cuenta a Steve demostrándole una repentina amistad.

La comida transcurrió deliciosa por parte de todos, menos de Dolly, que a duras penas ocultaba su contrariedad.

Terminado el manjar, los dos "primos" se alejaron y subieron a la habitación de Dolly.

Dolly recriminó a Gwen su proceder.

—¿Qué pensáis hacer aquí?

—Eso Brad lo ha de decir.

—¿No me comprendes? Yo estoy enamorada de mi marido y no puedo engañarle ni hacerle el menor daño.

—Lo que tú quieres es quedarte con todo el dinero. Pero Brad sabrá decir a tu esposo lo que convenga.

—¿Gwen, no me exasperes, te lo aviso!
¡Guardaos de decirle nada a Steve de mí!

Su mano apareció armada de un pequeño revólver.

—¿Cómo te atreves a amenazarme?

—¿No es una amenaza! ¡Es una orden!

—Vamos, no seas niña. Esconde eso, ya sabes que no tenemos interés en decirle nada.

Regresaron al comedor... Brad y Steve pa-



—¿No es una amenaza! ¡Es una orden!

recían los mejores amigos del mundo. Steve dijo a su mujer:

—Dolly, mañana saldremos hacia Nueva York para terminar la operación de venta. Tu primo nos ha invitado a que nos alojemos en su casa.

Brad sonrió triunfalmente... Dolly le miró

con odio, con indignación. ¡Ah! Pues no vencerían. Allí estaba ella para velar, para defender los intereses de su esposo como una cosa sagrada.

En Nueva York, Steve y su mujer se hospedaron en casa de sus "primos".

Dolly vigilaba anhelante, inquieta... Steve, bien considerado por todos y en visperas de hacer una gran fortuna, se creía el hombre más feliz de la tierra.

Cierta tarde, Dolly sorprendió la conversación que tenían los dos amantes.

—¿Piensas dejar a Steve sin ningún dinero?—preguntaba ella.

—Le voy a dejar el diez por ciento como una prima de consolación. Hoy le haré firmar un contrato, mediante el cual me entrega los cien mil dólares para que yo ponga un negocio de automóviles. Bueno, lo que será necesario es un automóvil bien rápido para escapar... Porque tan pronto tengamos el dinero, pondremos pies en polvorosa.

Dolly tembló. Sentía deseos de gritar, de protestar. ¡Oh, era preciso salvar a su marido fuese como fuese!

Los dos amigos entraron en el cuarto de Dolly, y Brad dijo a ésta:

—Mira "Cara de Angel". Si no te pones más alegre nos vas a estropear el negocio.

—No le has dicho nada de mí, ¿verdad, Brad?—preguntó ella con melancolía.

—Nada y espero que no me obligarás a hacerlo.

Momentos después llegó Steve que venía convertido en un almacén ambulante. Regalos para Dolly en abundancia, y también algunos pequeños objetos para sus bondadosos "primos".

Gwen y Brad, después de darle cumplidas gracias por los regalos, se dirigieron al comedor para preparar un "cocktail".

Y mientras tanto, Dolly se emocionaba al contemplar un abrigo de pieles, un sombrero magnífico, un traje de "tissu" que su marido había comprado.

—Todo esto me parece un sueño—decía.

—Me doy cuenta de que eres feliz, Dolly, y me siento tan contento que tengo ganas de llorar.

Ella se enterneció. ¿Feliz? Recordó el gravísimo peligro en que se encontraba.

—Steve—dijo de pronto—. ¿Has meditado en lo que te propone, Brad?

—Brad es tu primo y eso me basta—replicó.

Ella lanzó un largo suspiro. ¡Si se atreviera a confesar la verdad!

Brad llamó a la puerta.

—Los refrescos ya están listos y nos morimos de sed—dijo.

Steve corrió hacia el comedor y en compañía de sus primos bebió unos "cocktails".

Luego Brad le mostró el contrato, que el joven Steve leyó, encontrándolo perfectamente.

Pero Dolly velaba por él. Comprendió el inminente peligro en que se hallaba su esposo si firmaba aquel contrato, y se dispuso a impedirlo por todos los medios.

Desde su cuarto, telefonó a la jefatura de policía.

—Avisen al detective Matheson de que "Cara de Ángel" está en la calle X...

Y dió las señas de la casa de Brad.

Luego se dirigió al comedor en el momento en que Steve iba a estampar su firma en el documento que había de ser su perdición.

—Un momento—dijo—. Antes de firmar nada, Steve, es preciso que te informe de algunas cosas.

—¿Qué ocurre, Dolly?—dijo él, cariñosamente.

—Brad prometió decírtelas, pero, sin duda, ha debido olvidarse. Ha debido olvidarse de decirte que el negocio que te proponía era una estafa.

—Pero...

—Y también se le ha olvidado decirte que yo soy una estafadora vulgar... y que la policía me anda buscando.

—¡Dolly por... favor... eso no es verdad!—exclamó el marido, desesperado y con la voz temblorosa por el asombro.

—¡Todo es cierto!... Y también que me casé contigo para estafarte, creyéndote rico... Ahora ya sabes con qué clase de mujer te has casado.

Aquella criatura que para salvar a su marido se acusaba a sí misma confesando su pasado, cayó anonadada en un sillón.

—¡Ah, esta es la última que me haces!—rugió Brad.

Y cogiendo por el brazo a Gwen abandonó yelozmente la casa, temiendo que Steve les hiciera detener.

Los recién casados quedaron solos.

Ella lloraba y él en un rincón no osaba hablar. Su alma estaba rota sobrecogida por la sorpresa.

No daba crédito a lo que había oído. ¡Qué horror!

De pronto llamaron a la puerta. Revistiéndose de valor, Dolly fué al recibimiento a abrir, encontrándose con el detective Matheson y un policía.

—Hola, "Cara de Angel", ¿Conque tú misma te denuncias?...

—Sí, amigo Matheson. Creí que le agradarías saber dónde estaba.

—Pues... sígueme pronto.

—Un momento. Espere usted ahí. Voy a cambiarme de vestigo y salgo en seguida.

Entró otra vez en la habitación donde Steve sufría un dolor intenso, cruel.

—¿Quién está ahí? ¿Dónde vas?—preguntó él con voz afligida.

—La policía... Vienen a detenerme. Yo misma me denuncié, pues quiero purgar mis culpas.

—Dolly—dijo él en un acceso de amor—. Tu pasado no me importa. ¡No te vayas! ¡Tú me quieres!... Esto no puede acabar así entre nosotros.

—Sí, Steve. Fui una insensata que soñó con horror su pasado.

—Pero yo no puedo dejarte marchar, Dolly... Con tu conducta de ahora te dignificas ante mí...

—Hubiera querido ser como tú querías que fuese... pero no hay remedio. ¡Tú encontrarás una mujer digna de tí!



—Debes quedarte, Dolly...

—Debes quedarte, Dolly. Tú eres una pobrecita niña sin hogar y me necesitas. ¡Me quieres, Dolly?

—Sí... pero... ¿no comprendes? Debo marcharme. He de reparar el pecado de mi vida.

El detective llamó a la puerta. Se impacientaba.

—¡Adiós, Steve, gracias por todo! Has sido mejor de lo que yo merecía.

Y dándole un fuerte beso en los labios, salió de



...dejándose conducir por el agente...

allí, dejándose conducir por el agente hacia la cárcel.

Steve quedó en un rincón intensamente abatido. Amaba a Dolly y no podía resignarse a aquella súbita tragedia que hundía su felicidad...

* * *

Al día siguiente, Dolly fué llamada por el juez.

—¿Es cierto que contrajo usted matrimonio mientras se hallaba en libertad provisional?—le preguntó el juez.

—Le ruego que no me hable de eso, por favor.

—Precisamente estamos aquí para hablar de eso.

—¡No... no!

—Oígame usted. Su marido ha solicitado que se la ponga en libertad confiada a su custodia.

—¡Pobre Steve! No, no quiero ser una carga para él. Además, al ser yo detenida, tiene derecho al divorcio.

—Pues bien, tanto si le gusta como si no, queda usted libre... ¡y cuídadito con volver!

Ella hizo un gesto de resignación y se encaminó hacia la puerta de salida. Pero sus ojos se llenaron de viva alegría al ver allí cerca a Steve.

—¡Mujercita mía! ¡Libre por fin! Desde hoy nada debes temer... ¡Te adoro!

—¿Perdonas mi pasado, Steve?

—Lo he olvidado ya... Para mí eres limpia como el sol.

Y se alejaron con la felicidad del amor y volvieron al pueblo.

Y nunca más se enturbió la gloria de su existencia.

Brad y Gwen fueron obligados a devolver los diez mil dólares quitados al señor Hammond y a renunciar para siempre a perseguir a la joven.

FIN

Coleccione usted las fotografías

de las mejores artistas de la pantalla en sugestivas «poses», que regala, con cada ejemplar,

La Novela Frívola Cinematográfica

Sugestivos asuntos. Lectura amena y optimista. **Precio: 30 cts.**

Léala y será un admirador más

Las mejores novelas de cine: |



La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

Los Grandes Films de La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Frívola Cinematográfica

y las selectas

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

¡Siempre los mejores asuntos!



Gran éxito

de la nueva publicación

La Novela Sentimental

*Bellísima colección de asuntos que
cautivarán al lector.*

Inmejorable presentación.

Colaboradores de calidad.

*Portadas formadas con las mejores
fotografías de las "estrellas"
del cine.*

Novedad insuperable, como de

Ediciones BISTAGNE

*que no tiene rival en la presenta-
ción de sus publicaciones.*

Precio: 30 céntimos

De interés para todos,
especialmente para
los padres

El próximo sábado

Ediciones BISTAGNE pondrá
a la venta la nueva publicación se-
manal dedicada a los niños, pero que
los propios padres leerán con deleite,
cuyo título es:

El Cuento Selecto

Su precio será de 15 céntimos
y todos los asuntos que se publiquen
tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!

Recuerde estos títulos:

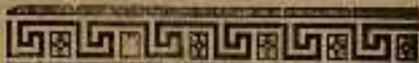


Cristina, la holandesa

▼

**¡Viva Madrid,
que es mi pueblo!**

que aparecerán en breve en las
selectas Ediciones Espectales de
La Novela Semanal Cinemato-
gráfica.



De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

pondrá muy en breve a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres, leerán con deleite, cuyo título es:

EL CUENTO SELECTO

Su precio será de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

¡Inmejorable presentación!

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!